

Editorial. Julio 04.

El gen de la esperanza. La esperanza del gen. La esperanza.

Corren tiempos de neurociencias; de tecnologías aplicadas a la medicina; de exploraciones corporales, de marcadores que recorren el cuerpo y pueden ser rastreados; de febril experimentación farmacológica y genética.

En este apresurado comienzo del siglo XXI la genética parece haberse convertido en la madre de todas las ciencias...¿O en la ciencia madre? En tal caso: ¿Quién será el padre?

Mientras vivimos este atropello fascinado de las neurociencias –que ya muchos se han encargado de demostrar que no son tan “duras” ni tan “puras” como se decía- uno se pregunta por el lugar de las *ciencias del espíritu* (1)–como las llamaban los alemanes. ¿No existen más? ¿Se las “tragaron” las neurociencias que parecen ser las que definen los nuevos paradigmas de científicidad o a científicidad? Hasta el propio Freud albergó alguna vez la esperanza –desde la ciencia “materialista” de Brücke- de que en algún momento se encontraría la causación genética de las neurosis...Mientras esto no ocurriera fue que nos propuso trabajar en el registro psíquico. Elisabeth Roudinesco (2), con la perspicacia y coraje que la caracterizan se encargó –de modo indirecto- de ver donde se quiere ubicar al psicoanálisis frente a este embate genetista, organicista, neurobiológico.

En estos *corsi e ricorsi* (Vico) de la historia de las ciencias, hemos vuelto al viejo “organicismo” *aggiornado* con un nuevo ropaje por las neurociencias y las nuevas tecnologías. La pregunta clave es si los seres humanos, cuando sufrimos, somos mejor tratados por esta ola de *managed care* y “protocolización”(3). Nuestra respuesta es **no**; ¡y que por esto no se nos trate de “ocultistas” o “retrógados”; o de enemigos de los avances de las neurociencias y de las nuevas tecnologías! No es de esto de lo que se trata sino del desarrollo armónico y equilibrado de unos y otros conocimientos; de unas y otras disciplinas con sus respectivos aportes; de formas de integración, complementación y/o convivencia pacífica de unas con otras y no de empujes hegemónicos de unas sobre otras; en las que el/los designado/s paciente/s son siempre los que pagan los platos rotos.

Un componente esencial de todo tratamiento –sea cual sea- es *la esperanza*. Si esta flaquea, o se pierde, estamos perdiendo la posibilidad de un logro. La

esperanza es siempre una apuesta a la vida –a sabiendas de su finitud. Es un “factor de protección” a nivel de las sociedades humanas y una “fortaleza” en el plano de la estructuración de la subjetividad. La esperanza ¿tendrá un gen propio? ¿Guardará alguna relación con la recaptación de la serotonina o con las catecolaminas a nivel del SNC? ¿Llegará un día que podamos –a través de la manipulación genética- desarrollar este “gen”? Más allá de las esperanzas o el escepticismo de que esto acontezca (recordemos las utopías científicas de Huxley, Orwell, Zamyatin) hay una realidad fáctica: los seres humanos, para vivir, tenemos esperanza (mayor, menor...) y esto guarda una relación directa con los resultados obtenidos por cualquier terapia.

La esperanza es, claramente, el fruto de la relación afectiva que somos capaces de establecer los seres humanos y de lo que Winnicott denominó **confianza básica**. Carta de crédito que el otro nos otorga y que le otorgamos al otro; promesa a futuro que podrá o no cumplirse, pero que tiñe indefectiblemente todo lo que acontece en el presente.

Concluyendo –bizantinismos aparte-: recapturemos continuamente la dimensión vital de la esperanza y hagámosla funcionar, realistamente, en los tratamientos. Los pacientes serán los principales agradecidos.

(1) Dilthey, Wilhelm: *Introducción a las ciencias del espíritu*, Madrid, Revista de Occidente, 1966.

(2) Roudinesco, Elisabeth: *¿Porqué el Psicoanálisis?*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

(3) En tal sentido recomendamos ver: Curtiss, A.B.: *Depresión is a choice: winning the battle without drugs*, Nueva York, Hyperion, 2001; Whitaker, R.: *Mad in America: Bad science, bad medicine and the enduring mistreatment of the mentally ill*, Nueva York, Perseus Press, 2002 y, en castellano el libro de Gail A. Hornstein: *Salvar a una persona es salvar al mundo*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 2001.